

Anne-Cécile Robert, *L'Afrique au secours de l'Occident*, prefacio de Boubacar Boris Diop, posfacio de Pierre Kipré, Paris, Les Éditions de l'Atelier /Les Éditions Ouvrières, 2006, 208 pp.

La presencia de África en América Latina no es muy fuerte. Salvo en áreas como el Caribe, las Antillas y el territorio que ocupa Brasil, la cultura, las tradiciones, los valores y, sobre todo, la memoria africana no son un referente entre sus habitantes. Es una verdadera lástima, pues como lo muestra de manera indirecta el libro de Anne-Cécile Robert, periodista de *Le Monde Diplomatique* y profesora asociada en la Universidad París-VIII, hay muchas cosas en común en el pasado y presente de ambas regiones. Uno tiene la impresión de saber exactamente a lo que se refiere la autora cuando habla de un pasado de conquista, colonización, saqueo, sangría de hombres y de recursos; cuando habla de un presente caótico, lleno de problemas de identidad, atraso social, reformas estructurales que empobrecen y una globalización que aporta más destrozos que beneficios. Aunque el libro trate sobre África, la forma en que plantea el problema y las soluciones que propone podrían convertirse en una guía para América Latina y los grandes retos que enfrenta.

Lo primero que llama la atención es el título del libro: *África al rescate de Occidente*. Idea provocadora y sugerente que recorre toda la obra y que anticipa su trama: África, Occidente (entendido como los países de Europa occidental) y sus relaciones a lo largo de la historia. El objetivo del texto es múltiple: "A este libro le gustaría contribuir a proseguir el encuentro, a la vez trágico y magnífico, entre Occidente y África, hacerlo fructificar no solamente bajo el principio de favorecer el diálogo sino en el intento, más prosaico, de reducir el margen de error humano en la administración del mundo" (p. 199). Robert quiso escribir un libro tanto para los africanos como para los europeos sin dejar de pensar en el resto del mundo. La autora parte de la convicción de que África, a pesar de su historia y de todos sus problemas, debe esforzarse en encontrar su propia voz sumergiéndose en la riqueza cultural que ha heredado. Si lo hiciera, podría ofrecer a Occidente y al mundo una alternativa viable a la globalización liberal depredadora que está llevando a la humanidad a su propia destrucción. Se trata, por tanto, de un interminable viaje de ida y vuelta en el que la periodista intenta no caer en los extremos de la leyenda negra (la difícil condición actual de África se explicaría por la colonización), de los movimientos por la negritud que a veces rayan en la violencia (África debe encerrarse en ella misma pues tiene un alma distinta) o de las imágenes candorosas del africano como el buen salvaje amigable que trata a los demás como hermanos y vive en total armonía con su entorno. Manifestando un claro amor por el

continente, Anne-Cécile Robert no se niega a decir las verdades por más duras o dolorosas que sean. El mayor mérito de la obra radica precisamente en reivindicar el hecho de que África no es ni un edén ni tampoco una gran mancha de lepra; África es como cualquier otra parte del mundo: sus habitantes no son ni ángeles ni demonios y las culturas que la habitan tienen cosas que aportar al resto de las civilizaciones, de la misma forma en que deben pagar por lo que han hecho.

La lectura del libro es ágil y fluida sobre todo porque lleva la marca del estilo periodístico: organizado en breves apartados relativamente independientes unos de otros, la obra no apunta hacia una reflexión general y sistemática de lo que sucede en África. Más bien intenta caracterizar los aspectos más relevantes de la condición africana con especial atención en aquellos temas en los que Europa esté involucrada. Abusando un poco del tradicional discurso antioccidental, la autora logra presentar los daños materiales y culturales más importantes que la mal llamada globalización ha causado en África. Desafortunadamente no tiene igual éxito en identificar propuestas o soluciones concretas para modificar las desiguales relaciones entre el continente negro y Occidente; asimismo, a pesar de la constante mención a una voz propia y fidedigna para África, casi no se ocupa de qué valores, actitudes o políticas podrían seguirse para lograr tal objetivo. Los que menciona son relativamente bien conocidos o aún se definen con relación a aquello a lo que quieren oponerse.

Por lo que hace a su estructura, el libro es un viaje a África desde tres conciencias, desde tres puntos de observación distintos. El primer capítulo presenta el continente negro como espejo de Occidente: ¿cómo ve Europa a África?, ¿qué es lo que ve?, ¿qué le ha aportado?, ¿cómo se dirige a ella?, ¿con qué palabras? El segundo capítulo intenta mostrar las imágenes que el espejo llamado África le devuelve como reflejo a los propios africanos: ¿cómo perciben su historia?, ¿qué ven en sus valores y tradiciones?, ¿cómo perciben los problemas que asuelan a sus países?, ¿cuál es su jerarquía de valores? Finalmente, el tercer capítulo intenta hacer un inventario de lo más valioso y singular de la cultura africana, de aquellas cosas que solamente encontramos en África y que constituyen la esperanza más importante para que el continente supere su historia, se acepte tal como es y encuentre su propia voz; para Occidente es la esperanza de recuperar su humanidad y detener la loca carrera que arrastra al mundo al precipicio.

Sobre la primera mirada, la de Occidente hacia África, Robert nos dice que, incluso entre los occidentales africanófilos (antropólogos, tercermundistas, ONG, antidesarrollistas, etc.), son muy pocos los que ven a África como un continente mayor con el cual se puedan tejer relaciones de igualdad. La autora rechaza tal trato y expresa la firme convicción de que África no so-

lamente tiene derecho a una voz propia, sino que, por su condición de “dominado ejemplar”, traduce mejor que cualquier otra parte la realidad del mundo globalizado y su naturaleza profundamente desigual y violenta.

Para la autora, esa globalización liberal es la presencia más importante de Europa en el continente. Si bien ninguna región escapa al fenómeno, África se distingue por dos razones: la magnitud del daño provocado por el modelo económico y la longevidad de la condición colonial del continente. De manera paradójica, mientras que en los países africanos yace una buena parte de los recursos que la globalización necesita para funcionar, los principales indicadores de desarrollo (escolaridad, nivel de ingreso, etc.) van a la baja y el continente no tiene un papel activo e importante en la escena internacional. Así, ya sea que se trate de colonizadores o proveedores de fondos (FMI, BM, etc.), la naturaleza del proceso no ha cambiado: de lo que se trata es de continuar con la explotación, negar las relaciones políticas y económicas que la hacen posible y conseguir que los más débiles la aprueben.

La “globalización”, que no es otra cosa que la expansión del modelo económico capitalista occidental, ha agravado las condiciones de vida de muchos africanos y ha fragilizado, en connivencia con las políticas de ajuste estructural, los cimientos de sus economías. Ante la debilidad de la infraestructura pública de protección social, la anomia crece, la crisis de identidad se profundiza, hay una mayor destrucción de la diversidad cultural y los cambios sociales se desbordan produciendo efectos negativos (*i.e.*, migración campo-ciudad).

Anne-Cécile Robert destaca la hipocresía o el doble discurso de Occidente en temas como el libre comercio, donde las diferencias entre los países son demasiado grandes como para que las ventajas comparativas de la especialización puedan representar beneficios. Además, el comercio internacional es constantemente minado por Estados Unidos y la Unión Europea, que no dudan en proteger o subsidiar sus mercados e industrias cuando es necesario. Hipocresía en temas como la inversión extranjera directa, entronizada por los organismos internacionales como mecanismo ideal de financiamiento del desarrollo, cuando es la inversión pública la que detona ese desarrollo y atrae nuevas inversiones. Doble discurso en temas como la pobreza en el que, por una parte, los organismos multilaterales exigen a los gobiernos combatirla y, por el otro, condicionan la ayuda financiera al adelgazamiento del Estado, dejando a este último sin lo necesario para abatir las distintas carencias de la población. Occidente y sus agencias para el desarrollo esgrimen un discurso hipócrita, pues los programas de combate a la pobreza no atacan las causas que la provocan al no poner en tela de juicio ni la lógica del sistema ni el modelo económico que

la genera. Para la autora, en lugar de combate a la pobreza, parece un combate contra los pobres. Vamos, hasta el término de pobreza oculta una doble realidad: muchas sociedades en África eran y son frugales, lo cual vuelve muy relativas las carencias materiales. Para Robert, si aceptamos que la pobreza es algo más que la no posesión de bienes materiales o monetarios, entonces habrá que hacer la distinción entre pobreza, miseria y frugalidad.

Finalmente, la periodista habla de los “encantamientos democráticos” a los que África es sometida y que permiten la injerencia política de Europa. Blandiendo el discurso de la defensa de los derechos humanos, y con la intervención humanitaria como brazo ejecutor, Occidente administra sus intereses, cuida de los recursos que otorga y ahonda su dominación con total desprecio a los derechos del hombre. Además, no ha reconocido la enorme responsabilidad en que incurre al brindar apoyo a gobiernos dictatoriales o autoritarios.

Sobre la segunda mirada, aquella que los pobladores posan sobre su propia tierra, Anne-Cécile Robert nos dice que los africanos están viviendo lo que Freud llamaba la “extraña familiaridad de las cosas”, es decir, están rodeados de cosas que les pertenecen pero que no son suyas. De igual manera, están expuestos a trampas como la de confundir memoria e historia, lo cual puede provocar la imposición de visiones maniqueas que encerrarían al continente en una imagen de eterna víctima. La trampa de la ayuda humanitaria, a su vez, contribuye a la constante infantilización del continente y al distanciamiento entre los líderes y sus gobernados.

Élites que el libro juzga con dureza, en especial por su complicidad con las élites occidentales, y cuyas responsabilidades históricas denuncia sin cortapisas: la colaboración activa e interesada de varios reyes negros en la trata de esclavos, la claudicación ante las disposiciones de los organismos multilaterales y la consecuente pérdida de interés por el bienestar de sus pueblos, el poco orgullo de ser africano que lleva al abandono de ciertas costumbres (*i.e.* vestimenta) o de responsabilidades como el apoyo a la ciencia y a la educación.

Estos desencuentros entre élites y gobernados contribuyen a distorsionar las imágenes que los africanos perciben al mirarse en el espejo. Otro tanto es culpa de los medios de comunicación: ostentando un gran desconocimiento de la situación del continente y una falta de cultura general a veces sorprendente, los periodistas y sus respectivos medios se inclinan cada vez más por lo trágico, por el morbo, por todo aquello que se pueda vender bien y que está relacionado con las peores miserias humanas.

Una última razón que explica la deformación de la imagen del continente ante africanos y no africanos es el vínculo que se establece con sus

males: África ya no sería otra cosa más que hambrunas, guerras, sida, desastres ecológicos, etc. Así, la patología se vuelve su única realidad. Lo más grave de esa visión clínica (a veces aceptada incluso por los mismos habitantes) es que impide la producción de un pensamiento y de un discurso verdaderamente africanos sobre África misma.

Los intentos que ha habido hasta ahora en esa dirección no han sido muy fructíferos, incluso varios de ellos plantean serios problemas. Es el caso de la reivindicación de las reparaciones que Occidente debe hacer a los países africanos por los crímenes masivos de la trata de esclavos y de la colonización. Esa reivindicación, que resume una demanda legítima de justicia frente a un crimen, puede revelarse como una trampa para la conciencia e incluso como un obstáculo para encontrar una salida verdadera y libre hacia la superación del pasado. Asimismo, de obsesionarse con las reparaciones que reclaman, los africanos corren el riesgo de prolongar su condición de víctimas eternas, de subordinados permanentes. Para la autora queda claro que la realidad del crimen y sus nefastas consecuencias deben ser reconocidas oficialmente, al igual que la obligación de justicia para con un continente abandonado. Robert propone una solución doble: por un lado, aceptar la dominación, reconocerla como parte de la historia del continente, como producto de ella y apropiársela; por el otro, cuestionar o juzgar la lógica de guerra y de explotación que constituye el corazón del sistema capitalista.

La periodista recupera y comenta otros cinco movimientos y actitudes en torno a la cuestión de la africanidad. Un primer esfuerzo es el de empresarios y ejecutivos de empresas que exigen a los gobiernos nacionales oportunidades para poder contribuir al desarrollo de su país. Otro intento es el del “movimiento de conciencia”, el cual busca, entre los miembros de la diáspora en Estados Unidos y Europa, darle un sentido contemporáneo a la africanidad: orgullo y modernidad de ser negro en Occidente. Un tercer conjunto de iniciativas lo constituyen las de los grupos que dentro de África buscan regresar a la cultura, a las tradiciones y a la identidad de antes. Ello incluye esfuerzos por enseñar la historia del continente tanto a los africanos como a los emigrantes. En cuarto lugar tenemos los intentos de los intelectuales por fundar redes epistémicas en las que se compartan conocimientos y se organicen debates; asimismo, intentan recuperar las lenguas autóctonas en detrimento de las legadas por los colonizadores. En quinto lugar está el movimiento altermundialista africano, el cual ya ha organizado varios foros sociales sobre el continente y que, en el marco de una crítica de la globalización liberal, trabaja sobre las culturas y las tradiciones africanas a partir de una perspectiva identitaria y progresista.

Todos estos esfuerzos indican que las sociedades africanas están haciendo algo por afirmarse. A pesar de los riesgos inherentes a la empresa

(por ejemplo, querer regresar a un pasado ideal, mítico y nostálgico que solamente provoca esclerosis), es necesario perseverar pues lo que está en juego es muy grande: la construcción de un pensamiento propio vinculado a las realidades sociales, políticas e históricas. Para la autora, y ésta es una conclusión bastante dramática, más que indicar caminos a seguir, de lo que se trata es de constatar que el modelo imperante ha fracasado, que la vía escogida no ha funcionado y que, en la globalización, África no tiene voz.

Anne-Cécile Robert enfatiza que en el encuentro entre ambos mundos Occidente aprendió menos que los africanos; su soberbia lo condujo a no escuchar lo que el otro tenía que decir. Mientras que Occidente se inspiró poco en los valores africanos, los habitantes del continente negro tomaron de su agresor los principios y las ideas que pudieran serles útiles. Es de anotarse que la autora solamente menciona dos: las consignas de la Revolución francesa y la doctrina de los derechos humanos que fueron utilizadas para combatir a los franceses, y el pensamiento democrático occidental que permitió que algunas sociedades se deshicieran de sistemas de castas injustos y opresores. El retomar ciertos valores tradicionales no implicaría, por ejemplo, retroceder en lo ganado hasta ahora en materia de derechos de la mujer.

En el último capítulo, la autora se dedica a identificar los elementos que distinguen la cultura africana y que servirían para un doble propósito: proveer a las sociedades del continente de la materia prima para desencadenar una reflexión propia y elaborar instrumentos teóricos e intelectuales acordes con su condición, y mostrarle al mundo, en especial a Occidente, que es posible otra forma de relacionarse y de vivir. Para Robert hay una creatividad social que se manifiesta en África y que podría servir para resolver los males de un planeta que no las tiene todas consigo.

Especial atención merece este punto. Lo que caracteriza esencialmente a la cultura africana es la relación con el medio ambiente y con el mundo. De manera más específica, África puede aportar mucho al mundo y a sí misma gracias al lugar central que le concede a los valores relacionales, a la cohesión social y a los valores no materiales.

El primero de esos valores distintivos es el tiempo. Ganar tiempo no es una preocupación mayor de las sociedades tradicionales. Para toda actividad y acto de la vida, los africanos se toman el tiempo de hablar y de intercambiar. Este rechazo de la dictadura del tiempo se explica en gran medida por la relación con una jerarquía de valores. Si los africanos no dedican todo su tiempo al trabajo, lo que para un occidental podría ser signo de displicencia, es porque ellos no separan o desligan el acto de trabajar de su función social y de una visión de la sociedad que no está fundada en la acumulación de bienes. De igual manera, una de las razones por las que el “es-

píritu empresarial” no se ha expandido en el continente es porque el éxito individual o la terminación de alguna acción están subordinados a su contenido y a su valor agregado en términos de vínculo social. Lo que cuenta es la calidad de las relaciones interpersonales. Es por ello por lo que el ritual de saludo es tan importante y dura tanto: se pregunta por la familia, por la ciudad, por lo que uno es (no por lo que uno hace), etc. Lo mismo sucede cuando uno quiere despedirse o terminar la conversación para partir. Todo ello genera formas de convivencia.

A la vez, la búsqueda de la armonía con los otros (la naturaleza, los animales) constituye una preocupación central que irriga numerosas prácticas sociales en África. Por ejemplo, el hombre no es considerado *a priori* como superior a la naturaleza ni como su maestro o dominador. Lo que la autora quiere subrayar es que las civilizaciones africanas, fundadas sobre la idea de la armonía con el medio ambiente, incitan al hombre a reflexionar antes de alterar el orden de las cosas, antes de modificar y buscar controlar la naturaleza. El africano permanece todo el tiempo a la escucha del mundo con el cual vive en simbiosis sin intentar violarlo, dominarlo o alterarlo.

Por otra parte, las sociedades africanas establecieron una relación muy fina con lo irracional, con aquello que llamaban las “fuerzas del espíritu”. No tuvieron que esperar la llegada del psicoanálisis para comprender que la vida psíquica tiene sus exigencias y movimientos propios. En Occidente hay muchos sentimientos y emociones que han sido negados o rechazados por el miedo que nos provoca su incompreensión. Demasiado pudor y demasiada voluntad de dominio hacen que ciertos sentimientos bastante comunes nos parezcan anormales. Cuando nos enfrentamos a ellos (el duelo, por ejemplo) ya no tenemos más la intermediación de los rituales o de algún ser espiritual para nombrar y canalizar esos miedos. En África, máscaras, ritos y fetiches existen para dar forma a los miedos y a las emociones, para dominarlos, para hacer las paces con ellos. A pesar del debilitamiento de ciertas prácticas, la mayoría de las sociedades africanas toma en cuenta esa parte de irracionalidad del hombre y posee una multitud de medios para domesticarla. Ello no quiere decir que sean refractarias a la razón; por el contrario, nos dice Robert, una de las especificidades de las culturas del continente sería la de moverse en diferentes registros de percepción y de comunicación dependiendo de las circunstancias y de las necesidades.

Nos parece importante mencionar otras dos aportaciones potenciales: primero, el lugar tan diferente que ocupa la economía en la sociedad. Mientras que en Occidente lo económico es el corazón del sistema, en África se encuentra limitado por lo social. A partir de las prácticas de solidaridad imperantes, podríamos imaginar un nuevo modelo económico fundado sobre lo relacional. Segundo, más allá de la contestación de las relaciones

económicas y sociales dominantes, África abriría una reflexión sobre el desarrollo mismo. Si se mira bien, el desarrollo es una idea extremadamente contingente, ligada a una cultura específica y una calca de la experiencia europea del siglo XIX.

Como alternativa a la mimesis del mundo occidental, África propone una vía distinta: la simbiosis entre la libertad humana y la adhesión a la comunidad; conservar los valores humanistas de solidaridad, de convivencia y de respeto al medio ambiente a la par que se reflexiona sobre temas como el trabajo bien hecho, el no conformismo, etc. Esa búsqueda de una visión africana del mundo permitiría tomar en cuenta al hombre de manera íntegra, en todas sus dimensiones. También abriría la vía para otro modelo de organización económica y social para el continente. Así, nos dice la autora, “en la búsqueda de soluciones a los males que la azotan, África abriría nuevos caminos de reflexión para el planeta globalizado en su conjunto. Alimentándose de sus propios recursos culturales, el continente diversificaría las fuentes del debate sobre la necesaria transformación social, al mismo tiempo que alimentaría las investigaciones –que siempre creemos agotadas– sobre un modelo que sustituya al capitalismo globalizado” (p. 187).

En vista de lo anterior, el llamado “retraso” de África podría ser en realidad la resistencia del continente a adoptar el modelo económico y social dominante. Así, el retraso aparece como una forma distinta de concebir las relaciones humanas y la repartición de la riqueza.

La resistencia de África nos recuerda entonces esa libertad fundamental en extinción: la capacidad de construir libremente el destino de uno. Contrariamente a lo que sucede a diario en las relaciones mundiales, el verdadero sentido de la democracia y del debate público implica la posibilidad, para cada país, de elegir la opción de civilización que más le convenga. Cada uno debe, por lo demás, determinar por sí mismo la manera en que quiere participar en ese mundo.

De esta forma, el libro de Anne-Cécile Robert es un llamado a los africanos para que no dejen morir así sin más su herencia cultural y para que tengan más confianza en ellos mismos. Para los europeos es un llamado a la humildad y a la reconsideración de la naturaleza de sus relaciones con el resto del mundo; la verdadera cooperación internacional implica que Occidente abandone su soberbia y acepte ser ayudado. Finalmente, es un llamado al resto del mundo para que no se deje dominar por el conformismo y la desidia, y decida ejercer la inteligencia y la sensibilidad necesarias para imaginar formas distintas de relacionarse y de convivir. La riqueza cultural de la humanidad vuelve intolerable quedarse con un solo modelo que, además, pone en serio peligro la supervivencia de todo el planeta a

mediano plazo. Conservar y recuperar ese legado no nos vuelve ni anticuados, ni ingenuos, ni atrasados. Por el contrario, como bien dice la autora, “la verdadera barbarie es la de rehusarse a cambiar el mundo” (p. 202).

FÉLIX G. MOSTAJO

Paloma González del Miño, *Las relaciones entre España y Marruecos. Perspectivas para el siglo XXI*, Madrid, Catarata, 2005, 225 pp.

La obra que se reseña a continuación parte del ambicioso reto de explicar de una manera sencilla las complejas relaciones entre España y Marruecos. Centrada en un espacio temporal acotado entre los años 1966 y 2005, no obvia muchos aspectos políticos, económicos o sociales de etapas anteriores debido a la influencia que ejercen en el periodo de estudio, aun cuando muchos podrían resultar polémicos en su tratamiento. En su desarrollo procede a una división, más o menos evidente, en tres partes diferenciadas aunque interdependientes con el objeto de facilitar la comprensión de la materia tratada. Consciente de las limitaciones que su estudio podría tener para un lector poco adentrado en el conocimiento de la realidad marroquí, la autora del libro dedica la primera parte del mismo a un análisis pormenorizado de la estructura político-institucional del país magrebí, no desde una perspectiva comparada con España, sino ubicándolo en su espacio geoestratégico, donde, sin duda, se configura como el país más avanzado.

Tomando como punto de partida a Hassan II, hijo de Mohamed V y padre del actual monarca, destaca su adopción de una serie de acciones encaminadas a conducir a Marruecos a una mayor homologación con respecto a las democracias occidentales, aunque respetando las notas características de su propio mandato que ubica el poder en torno a la dinastía, lo que por otra parte se hace incompatible con un verdadero desarrollo democrático. Las tímidas reformas estructurales que Hassan II inicia se centran principalmente en el parlamento, en el que el mayor avance que se produce es el establecimiento de una “alternancia consensuada”, lo que permitió la entrada en el gobierno de Yussufi y una cierta modernización del sistema político, aunque sin llegar a la articulación de un nuevo modelo de sociedad civil con mayores cauces de participación como demandaba la oposición. Este ímpetu reformista se ha extendido al reinado de su hijo Mohamed VI, quien asumió el trono en 1999. En el discurso que pronunció con motivo del primer aniversario de su entronización presentó un de-